

2025.05.17

Trobada diocesana: Signos de los tiempos

Nuestra reflexión de este encuentro, como sabéis bien, toma pie de un pasaje muy hermoso de la bula de convocatoria del jubileo 2025, *Spes non confundit* (“La esperanza no defrauda”, Rm 5,5). Un pasaje que se titula “signos de esperanza”, y ocupa los números 7 a 15. Su frase clave es esta: “Los signos de los tiempos, que contienen el anhelo del corazón humano, necesitado de la presencia salvífica de Dios, requieren ser transformados en signos de esperanza”.

Para poder dar un poco de cuerpo a nuestra reflexión posterior, me gustaría comenzar por la expresión “signos de los tiempos”. Quizá la hemos oído muchas veces, aunque también es verdad que tal vez no está tan de moda como llegó a estar.

Ante todo, hay que decir que se trata de una expresión que encontramos en el evangelio. El pasaje es este:

Se le acercaron los fariseos y saduceos y, para ponerlo a prueba, le pidieron que les mostrase un signo del cielo. Les contestó: «Al atardecer decís: “Va a hacer buen tiempo, porque el cielo está rojo”. Y a la mañana: “Hoy lloverá, porque el cielo está rojo oscuro”. ¿Sabéis distinguir el aspecto del cielo y no sois capaces de distinguir los signos de los tiempos? Esta generación perversa y adúltera exige una señal; pues no se le dará más signo que el de Jonás» (Mt 16,1-4).

Lc trae un paralelo de este texto, pero le da otro contexto y otra conclusión:

Decía también a la gente: «Cuando veis subir una nube por el poniente, decís enseguida: “Va a caer un aguacero”, y así sucede. Cuando sopla el sur decís: “Va a hacer bochorno”, y sucede. Hipócritas: sabéis interpretar el aspecto de la tierra y del cielo, pues ¿cómo no sabéis interpretar el tiempo presente? ¿Cómo no sabéis juzgar vosotros mismos lo que es justo? (Lc 12, 54-57).

¿De qué está hablando Jesús?

De entrada, un signo, todo signo, es una realidad visible que señala a otra realidad que ahora mismo no puedo ver. El humo es signo de que hay fuego, la risa suele ser signo de la alegría, un síntoma es signo de una enfermedad subyacente. La realidad significada puede ser presente (aunque invisible). Pero también puede ser pasada (si veo en tu expediente de notas un suspenso, puedo suponer que esa asignatura no la estudiaste mucho) o puede ser futura (si hablas con mucha ilusión de un lugar, puedo suponer que en el futuro intentarás visitarlo, o también algunos síntomas pueden ser signo de que está por desatarse una crisis nerviosa o un ataque de algún tipo, y por eso es bueno saber reconocerlos).

En la naturaleza, la experiencia nos ha dicho que algunos elementos pueden anticipar otros elementos. Este es el ejemplo que pone Jesús: algunos indicios hablan del tiempo meteorológico que va a hacer más tarde. Pero no solo son signos en el cielo,

también pueden ser en los seres naturales. Dice el Señor en otro pasaje: «Aprended de esta parábola de la higuera: cuando las ramas se ponen tiernas y brotan las yemas, deducís que el verano está cerca; pues cuando veáis vosotros que esto sucede, sabed que él está cerca, a la puerta» (Mc 13,28-29). Es decir, algunos seres vivos reaccionan antes que otros a los primeros cambios de temperatura, son quizá más sensibles a ellos, y así anuncian el cambio de estación antes de que los demás podamos darnos cuenta.

En el fondo, que algo se convierta en signo de otra realidad implica que se ha producido lo que los psicólogos llaman *condicionamiento clásico o pavloviano*, es decir, que hemos establecido un hábito en nuestra mente. Nos hemos dado cuenta de que a un elemento le sucede otro, así que el primero ya nos anticipa el concepto y las emociones y las acciones del segundo.

Insisto, la clave para que sean signos es que aquello que señalan no es visible. O bien está escondido o bien es futuro, o bien es un presente tan incipiente que no es perceptible.

Finalmente, es importante señalar que aquella realidad que anticipa el signo no siempre es deseable. No es lo mismo que se nos anticipe un regalo que una enfermedad, por ejemplo.

Bien, teniendo claro el concepto de signo, ¿de qué está hablando Jesús?

El pasaje de Mt junta dos dichos (no lo hace Lc), y eso produce el contexto de nuestra expresión. Le pidieron para ponerlo a prueba un signo del cielo. Con sus palabras, Jesús estaba reclamando una autoridad divina que muchos no querían aceptar: «Si quieres que creamos que lo que nos dices viene de Dios, tendrás que hacer algún signo que solo pueda hacer Dios, en el cielo. No nos basta un milagrito. Por lo menos, queremos ver que el sol se pone a bailar arriba y abajo. Algo que esté claro que no está al alcance de nadie».

Y Jesús les responde: «Sí, sois muy listos para interpretar los signos del cielo. Y aparentemente sois tan torpes para interpretar los signos de este tiempo, que son igual de accesibles si los queréis mirar». En Mt 11,3-5 unos enviados del Bautista han ido a preguntarle si él es el que tenía que venir. Y Jesús ha contestado en la misma clave: mirad los signos: «Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los cojos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan y los pobres son evangelizados». Y en Mt 12,28, cuando le han acusado de expulsar demonios con el poder de Belzebú, Jesús ha respondido: «Si yo expulso a los demonios por el Espíritu de Dios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios».

Es decir, todos estos signos realizados por Jesús pueden entenderse como que efectivamente tiene autoridad para decir lo que dice. Pero también dicen algo más bonito y más profundo: el Reinado de Dios ha comenzado. El tiempo en el que reina ya por fin solamente Dios, el modo de vida en que Dios es el gran punto de referencia, en lugar de serlo nuestros intereses y egoísmos, así como nuestra desgracia y dolor. Dios y solo Dios. Normalmente lo anhelamos, pero podemos estar desengañados: eso no va a suceder nunca. Y en cambio Jesús dice que sus acciones son como las yemas de la higuera: en realidad ya ha comenzado aunque nadie lo vea. De momento solo aquellos más sensibles al cambio de temperatura han podido captarlo, pero con ello los demás

ya pueden sentirse alegres y esperanzados. Jesús anticipa este reinado de Dios. En él ya se está cumpliendo y por eso lo que sale de sus manos son las mismas acciones de Dios. Él es síntoma del cambio y a la vez él lo produce, él lo causa. El reino de Dios puede estar escondido, quizá no todos saben reconocerlo, pero ya es completamente real.

Jesús les echa en cara su hipocresía. No es que no sepáis leer los signos, es que no queréis. Es que pretendéis que no los veis, y les dais otra interpretación («expulsa los demonios por el poder del príncipe de los demonios»). Por eso, cuando pedís un signo del cielo, os engañáis. Si no queréis creer, ¿qué os contentaría? Si ahora mismo se abre el cielo y aparece Dios, ¿creeríais ya? ¿O empezaríais a pensar que habéis sufrido una alucinación, o que alguien había drogado vuestro café? A quien no quiere creer, ningún signo le va a bastar. Los signos en este mundo tienen algo de humildad y discreción, requieren cierta predisposición natural a leerlos, a creer en ellos.

Jesús les dice que a esta generación solo se les dará el signo del profeta Jonás. Ya lo había dicho en un pasaje anterior del mismo evangelio de Mateo (cf. Mt 12,38-42): «Tres días y tres noches estuvo Jonás en el vientre del cetáceo: pues tres días y tres noches estará el Hijo del hombre en el seno de la tierra». De una manera oscura, Jesús está diciendo: de acuerdo, ¿queréis un signo del cielo?, pues va a haber un signo del cielo, es decir, un signo de los que podemos llamar definitivos, incontestables, irrompibles. Ese signo será la pascua, la resurrección. Pero, aun siendo irrefutable, se dará en forma de signo de este mundo, habrá que creer. Es lo más grande que ha ocurrido y a la vez lo más escondido. Es inmensamente poderoso pero humilde. Lo ha cambiado todo y a la vez a tantos les parece que todo sigue igual.

Podemos preguntarnos. ¿Para qué sirve que haya un signo? ¿Por qué hace falta anticipar una realidad futura, o presente de un modo tan incipiente? Pues porque la certeza de la realidad que viene cambia por completo el modo de vivir el tiempo presente. Esa es la razón. Si sé que estoy a punto de tener un ataque, tomaré medidas para evitarlo o para que cuando se desate se me pueda tratar con más facilidad. Si sé que voy a ser liberado de la cárcel, no vivo en ella del mismo modo que si mi perspectiva es una condena de por vida.

Jesús, en el pasaje que hemos visto de la higuera, dice que nadie sabe ni el día ni la hora (cf. Mt 24,36.42.44). Si Dios ha querido esconder el día y la hora, ¿para qué iba a dar signos de que se acerca ese día? ¡Él mismo arruinaría su sorpresa, que aparentemente tan bien ha querido guardarse! Quizá es que las cosas no van por ahí. Dios no se ha guardado el día y la hora para poder “pillarnos” desprevenidos, *sino lo contrario*. De hecho, los signos que advierte Jesús como anticipadores del fin de los tiempos son, entre otros, guerras, terremotos, hambre, persecución, blasfemias abominables, signos en el cielo. Bien, ¿cuándo *no* hemos tenido esos signos? Todas las generaciones pueden vivir, si así quieren creerlo, con la sensación de urgencia de que todo lo que vivimos está llamado a desaparecer inmediatamente, para que quede solamente Dios, su reino y su amor. Todo lo que aquí nos parece tan importante en realidad no lo es, está llamado a ser un simple suspiro dentro de la eternidad. No sabemos el día y la hora para que podamos vivir *este día y esta hora* como si fuera la última, la definitiva, la palabra con la que concluyes la novela de tu vida. Ojalá fuéramos

así de conscientes de cada momento exacto, y lo viviéramos con la calidad y definitividad con que lo viviríamos si supiéramos que es el último.

Esta es la mirada bíblica. Avancemos en el tiempo.

La expresión “signos de los tiempos”, en la época reciente, debe su popularidad al papa Juan XXIII. La usó en muchas ocasiones con un sentido algo distinto al del NT. Para él, se trataba de mirar los cambios del mundo contemporáneo para poder anunciar de nuevo el evangelio de Cristo de forma que pudiera ser comprendido (Fisichella, p. 1361).

Un pasaje muy revelador está en la bula con la que convocó el concilio Vaticano II, titulada *Humanae salutis*. Dice en su número 4:

La visión de estos males [contemporáneos: indiferencia, afán desordenado, ateísmo] impresiona sobremanera a algunos espíritus que sólo ven tinieblas a su alrededor, como si este mundo estuviera totalmente envuelto por ellas. Nos, sin embargo, [...] siguiendo la recomendación de Jesús cuando nos exhorta a distinguir claramente los *signos de los tiempos* (Mt 16,3), creemos vislumbrar, en medio de tantas tinieblas, no pocos indicios que nos hacen concebir esperanzas de tiempos mejores para la Iglesia y la humanidad. Porque las sangrientas guerras que sin interrupción se han ido sucediendo en nuestro tiempo, las lamentables ruinas espirituales causadas en todo el mundo por muchas ideologías y las amargas experiencias que durante tanto tiempo han sufrido los hombres, todo ello está sirviendo de grave advertencia. El mismo progreso técnico, que ha dado al hombre la posibilidad de crear instrumentos terribles para preparar su propia destrucción, ha suscitado no pocos interrogantes angustiosos, lo cual hace que los hombres se sientan actualmente preocupados para reconocer más fácilmente sus propias limitaciones, para desear la paz, para comprender mejor la importancia de los valores del espíritu y para acelerar, finalmente, la trayectoria de la vida social, que la humanidad con paso incierto parece haber ya iniciado, y que mueve cada vez más a los individuos, a los diferentes grupos ciudadanos y a las mismas naciones a colaborar amistosamente y a completarse y perfeccionarse con las ayudas mutuas. Todo esto hace más fácil y más expedito el apostolado de la Iglesia, pues muchos que hasta ahora no advirtieron la excelencia de su misión, hoy, enseñados más cumplidamente por la experiencia, se sienten dispuestos a aceptar con prontitud las advertencias de la Iglesia.

Obsérvese la mutación: no se trata tanto de ver estas aparentes desgracias como signo del fin de los tiempos (aunque, como he dicho, puede hacerse, porque puede hacerse en todo tiempo), sino que se ve a estas desgracias como una ocasión de predicar el evangelio de modo que pueda ser más fácilmente comprensible. Si el evangelio habla de paz, nunca tendrá más sentido que cuando se amenaza una guerra. Si el evangelio llama a reconocer nuestras limitaciones ante el poder de Dios, nunca será más importante que cuando el ser humano se engríe por sus progresos técnicos que pueden perderle.

Con este impulso de Juan XXIII, el concilio Vaticano II trató profusamente el tema de los signos de los tiempos, mencionándolos directa o indirectamente en varios pasajes. Pero quizá el texto más famoso es del *Gaudium et spes* 4:

Para cumplir esta misión es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas. Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza.

Esta mutación de significado no es una traición al espíritu del término en el NT. Allí Jesús se refería al hecho de que el reino de Dios ha llegado, y puede verse con signos anticipatorios en su propia persona. Ahora se nos invita quizá a mirar el mundo como lleno de esa actuación de Dios que está haciendo surgir cosas nuevas. No solamente surgen horrores como una guerra, donde claramente no está la voluntad de Dios. Con ella, no obstante, surge también un más vivo deseo de paz: quien conoce los horrores de perder a miembros de su familia, su hogar y su ciudad, quizá se planteará con más dramatismo qué sentido tiene toda esta violencia. Dios puede valerse de las desgracias para suscitar un alma más inclinada a escuchar la fuerza de su Palabra.

Esto de que las desgracias puedan ser un signo de esperanza no es tan obvio y debe pensarse bien. Normalmente llamamos signo de esperanza a un “brote verde”. Por ejemplo, el cine y la literatura han explotado mucho el motivo literario del profesor que llega a una clase desolada, llena de malos estudiantes sin futuro. Pero ese profesor, gran pedagogo, es capaz de ver que sus estudiantes sí tienen alguna ilusión por algo, o alguna capacidad escondida que ni ellos conocen. Entonces ve que no está todo perdido, que podrá usar esa realidad como enganche. Él ha sido el visionario que ha visto el signo, el brote verde en un páramo desierto.

Por tanto, ciertamente cuando se produce un tiempo de angustia puede hacerse más patente el ansia de eternidad que *siempre* llevamos dentro, y las capacidades que tenemos para anhelar y vivir ese don. Del mismo modo, solo cuando se hace la oscuridad exterior es posible ver que hay algunos objetos que tienen luz interior. No ves la luz de las luciérnagas de día, así como la de las estrellas del firmamento. Pero ahora mismo están brillando.

Y sí, los signos que hacía Jesús invitaban a la esperanza y a la alegría a los que así querían leerlos. Pero es el mismo Jesús el que llamó dichosos, bienaventurados y dignos de alegría a los pobres, los que lloran, los que pasan hambre y los perseguidos (cf. Mt 5). Solo en la pobreza nos podemos abrir al don, y lo que tiene Dios para darnos solo puede recibirse regalado. No puede conquistarse ni ganarse con inteligencia o fuerza. La amistad con Dios y con ella la vida eterna son un regalo. Qué suerte tienen los pobres, que lo pueden ver más claro que yo. Estas palabras son escandalosas, pero son las de Jesús.

Por otra parte, y esto es muy importante, nosotros somos el cuerpo de Cristo. El evangelio de Jn tiene una discusión apasionante sobre las acciones de Dios. En Jn 5, Jesús ha curado a un paralítico en sábado, cosa que le critican fuertemente. Su respuesta: «Mi Padre sigue actuando, y yo también actúo». El Génesis contaba que Dios había hecho el mundo en seis días y el séptimo descansó. De ahí la obligación del descanso sabatino. Pero también podría concebirse erróneamente que Dios ha terminado de crear. No. Dios sigue obrando, sin estar atado a ningún precepto. Jesús actúa con ese mismo poder creador de Dios. Por eso en su vida se está haciendo presente anticipadamente que Dios ya reina. Su acción manifiesta que Dios sigue actuando, y eso es motivo de gran esperanza.

Pues bien, hoy la actuación de Dios puede llegar a nuestro mundo, entre otras cosas, a través de las manos y pies del cuerpo de Cristo que somos nosotros. Aquel que vive insertado en el amor y en la intimidad de Dios, aquel que ha sido afectado y transformado por su amor, no puede no obrar sus obras. No puede no transparentar aquello que le mueve el corazón. Y esas obras se ven más claramente en los lugares y situaciones en los que nadie más quiere obrar. De ahí el testimonio que siempre han representado los cristianos: un amor entregado a los más pobres, un testimonio que no era posible callar ni siquiera con el martirio.

Por eso cuando el Papa nos invita a transformar los signos de los tiempos (incluso los aparentemente desesperanzados) en signos de esperanza, entiendo yo, implica tres cosas:

1) Primera: ver (y querer ver) la acción de Dios en realidades que no provienen explícitamente de dentro de la Iglesia visible. Como decía san Ireneo: “allí donde está la Iglesia, allí está también el Espíritu de Dios; y allí donde está el Espíritu de Dios, está la Iglesia y toda gracia” (*Adv. haer.* 3,24,1). Nuestra generación corre el riesgo de ver, en lo que Juan XXIII veía un signo de esperanza, un desengaño: no ha sido verdad que han venido tiempos mejores para la Iglesia, estamos peor, hay más secularización, no debíamos habernos abierto al mundo moderno... Pues insisto, ¿y si intentamos ver la acción de Dios en el mundo? Tanto en lo bueno que sucede más allá de la Iglesia como en lo aparentemente malo que sucede dentro, y que tal vez la purifica. Porque, si en lugar de ver la acción de Dios, nos empeñamos en ver, en todo, la acción del Maligno, tal vez podemos acabar como los que le decían esa frase a Jesús: “expulsa demonios con el poder del príncipe de los demonios”. Se nos invita a estar enamorados del ser humano, no del ser humano que imaginamos sino del ser humano que existe en realidad. La actitud ante nuestros contemporáneos —incluso aquellos que nos desprecian y persiguen— no puede estar movida ni por el asco, ni por la rabia, ni por el odio. Solo podremos evangelizar al que amamos, y solo podremos evangelizarlo si lo amamos.

2) En segundo lugar —y siguiendo la propuesta de Juan XXIII— en los aspectos que producen más angustia y drama, podemos tratar de reconocer el anhelo por Jesús que puede manifestarse o hacerse palpable, y tomar pie de él para anunciar con valentía el evangelio.

3) Finalmente y más importante aún, podemos y debemos vivir el evangelio. Vivirlo, de modo que no podrá no sorprender a nuestros contemporáneos. “Mirad cómo

se aman” (Tertuliano, *Apologeticum*, 39.7): que nos amemos en un mundo sin amor llamará mucho la atención. Que estemos pendientes de la interioridad en un mundo superficial llamará la atención. Que seamos generosos cuando todos son interesados llamará la atención. Lo que debería ser lo normal —lo verdaderamente humano— será una sorpresa que servirá de signo de los tiempos para nuestros contemporáneos. Muy humildemente, en nosotros podrá verse que Dios sigue actuando, que su reino ya está aquí, aunque muchos decidan no verlo. Que no somos más buenos o santos, sino quizá más sensibles al cambio de temperatura que produce el amor de Dios. Pero esta nueva estación ya está aquí y es para todos, no solo para nosotros.